

vieron inconveniente en darlo, ni mucho menos trataron de investigar la orden de que se hablaba ni la autoridad de que procedía. Unidos los dos legos con Sevilla, con las patrullas y la poca gente que tenían, se dirigieron al convento del Carmen, donde como hemos dicho dejó presos Calleja á varios oficiales y muchos vecinos particulares que le parecían sospechosos. Los dos legos, llamaron á la puerta del convento, pidiendo que saliera un padre para confesar á D. Juan Pablo de la Serna: el lego carmelita portero, fácilmente fué engañado con este artificio y abrió la puerta, entrando luego los conjurados que se apoderaron del portero, desarmaron la guardia, arresataron á todos los padres carmelitas que eran españoles, y pusieron en libertad á los presos, á condicion de que ayudaran en aquella empresa. Así se fueron apoderando de los cuarteles de donde sacaron diez piezas que avocaron en las avenidas de la plaza; y despues de una pequeña resistencia en la casa del comandante Cortina, quedaron dueños de la situacion. A las siete de la mañana del dia once, habia concluido el movimiento, poniendo presos á mas de cuarenta españoles que habia en la ciudad y nombrando intendente á D. Miguel Flores, uno de los mas respetables vecinos de la ciudad.

A los tres dias, llegó Iriarte que habia salido de Zacatecas con pretesto de auxiliar á Guanajuato y fué recibido en San Luis con mucha solemnidad y obsequiado por Herrera y Villerías con banquetes y bailes: él para corresponder á esta demostracion de aprecio, dió un festin, que fué interrumpido, pues ya Iriarte tenia concertado, que durante el regocijo, su gente se apoderase de los legos y el oficial Sevilla, tomase la artillería y los cuarteles y entregasen la ciudad al saqueo. Todo lo ejecutaron como él deseada, poniendo despues en libertad á Herrera y Sevilla y aun concediéndoles algunas distinciones, asegurándoles que solo se habia apoderado de sus personas para librarlos del furor de su tropa. Iriarte salió á

pocos dias de Guanajuato á donde era llamado por Allende: Y quedando verificada la revolucion en la capital de aquella provincia, se estendió luego por todo el territorio que le estaba sujeto, comunicándose por el rio de Tampico hasta cerca de este puerto y toda la Huasteca. Así fué como la insurreccion se estendió de de las costas de un mar á otro y tuvo bajo su poder un dilatado espacio donde proveerse de abundantes recursos, compensando así la pérdida de los cuantiosos elementos que se evaporaron de las manos del cura D. Miguel Hidalgo en la batalla de Aculeo.

CAPITULO IV.

Sucesos en Guanajuato: marcha Hidalgo á Guadalupe; y el general Cruz sale de México, para obrar en combinacion con Calleja.

En la batalla de Aculeo, recobró Calleja los dos cañones que el coronel Trujillo perdió en el monte de las Cruces; y además tomó cuantos materiales de guerra habia acopiado hasta allí el ejército de los insurgentes, y porcion de objetos como es natural despues de una accion en que los vencidos abandonan al vencedor, sus equipages y cuanto han llevado consigo. Se tomaron prisioneros como seiscientos soldados, y de ellos fueron quintados los que habian pertenecido á los cuerpos provinciales. Los infelices en quienes cayó la fatal suerte, fueron luego muertos y á los demas se les impuso la pena de diez años de presidio. Algunos eclesiásticos que acompañaban á Hidalgo aunque sin carácter militar, tambien fueron hechos prisioneros y mandados á Querétaro donde se pusieron en varios conventos. Los gefes principales despues de su der-

rota se separaron: Hidalgo con muy pocas personas se dirigió á Valladolid y Allende con los Aldamas, Jiménez, Arias y Abasolo, pasó á Guanajuato.

Calleja después de levantar su campó, volvió sobre Querétaro para perseguir de allí á los derrotados de Aculco, sin darles lugar á que se rehiciesen. A su paso por San Juan del Río hizo publicar un bando concediendo indulto á los que se separasen de las filas de la insurreccion esceptuando de él solo á Hidalgo, Allende, los dos Aldamas y Abasolo, respecto de quienes se repetía el ofrecimiento que había hecho ya el virrey de dar diez mil pesos al que presentase su cabeza. Venegas en México, repitió estos bandos de Calleja, haciendo estensivo el indulto en cuanto á la pena capital, á los gefes esceptuados si entregaban á sus compañeros ó á alguno de ellos.

Allende con los demas gefes, y la gente que lo pudo acompañar desde Aculco, con la mas que levantó en su tránsito, llegó á Guanajuato la tarde del 13 de Noviembre, dedicándose á poner luego la ciudad en estado de defensa, pues conocia que no pasarian muchos dias sin ser en ella atacado por Calleja. Para esto se exitó á los gefes que estaban en otros lugares, como Iriarte en San Luis, Huidrobo en la Barca, para que se le reuniesen con sus fuerzas, y á fin de que el pueblo de la ciudad prestase la cooperación que de él se esperaba, se procuró mover su entusiasmo. Para esto se hicieron solemnes funciones religiosas implorando la proteccion divina, y en una solemne procesion en que se sacó al Santísimo Sacramento, los gefes principales cargaron las andas donde iba colocada la imagen de la Virgen María, que bajo el título de Nuestra Señora de Guanajuato, es reconocida como patrona de la ciudad.

También se invitó á los eclesiásticos, para que haciendo uso de la predicacion, persuadiesen al pueblo á que defendiesen aquella causa que era la de la religion; y aunque hubo algunos que se negaron, no faltó quien obsequiasse los deseos de los

gefes insurgentes, á la vez que los realistas acudian en Querétaro al mismo expediente, abusando de este modo por uno y otro partido de la sencillez de un pueblo poco instruido y debilitando los poderosos resortes de la religion, que aplicados convenientemente, son los únicos capaces de dirigir á buen término los sentimientos del corazon humano.

La fundicion de cañones que Hidalgo estableció al cargo de D. Rafael Dávalos, le proporcionó á Allende veintidos, que fueron colocados en las alturas de la cañada de Marfil, único punto por donde los realistas podían atacar, y allí mismo se construyeron las convenientes fortificaciones bajo la direccion de D. Casimiro Chovell: se hizo también concurrir á la defensa de la ciudad la gente de los pueblos inmediatos, y se le instó á Hidalgo queriéndolo hacer desistir de su empeño en irse á Guadalajara, y en carta de 20 de Noviembre le habló Allende con términos bastante duros, que en parte podian ser inspirados por el resentimiento entre ambos gefes y el desagrado con que Allende veia la conducta del cura generalísimo: pero particularmente en esa vez, los producía la angustiada situacion de los gefes de Guanajuato.

Hidalgo que ya fuera por que como se le decia en esa carta, mas parecia atender á su defensa personal que al éxito de la causa que había abrazado, ó porque creyera mas interesante su presencia en Guadalajara para las ulteriores disposiciones, se fué para aquella ciudad, dejando á sus compañeros en Guanajuato sin darles siquiera contestacion, esperando allí á resistir el furor de Calleja y Flon, que á pasos lentos caminaban por el bajo, organizando el gobierno de los lugares de su tránsito, como Celaya, Salamanca é Irapuato.

Calleja llegó la tarde del 23 de Noviembre al frente de las posiciones enemigas; y el dia 24 se proponia hacer un reconocimiento sobre las fortificaciones, para dar al dia siguiente el ataque; pero en vista de la facilidad con que sus fuerzas se po-

sesionaron del primer fuerte y batería del punto de Rancho Seco se determinó á no esperar al otro día, sino que dividió su ejército en dos columnas, y casi sin resistencia por la falta de armamento entre los defensores de la plaza, Calleja llegó á ocupar la altura por la mina de Valenciana, mientras Flon llegaba al cerro de San Miguel que domina del todo á la ciudad.

Desde que se oyó el fuego de cañon en Jalapita, se tocó generala y se dió la señal convenida con la campana mayor para que todo el pueblo ocurriera á la defensa, y aun se repartieron por las calles, hombres armados, para sacar á toda la gente de sus casas: esto hizo que se hacinara en los cerros una gran muchedumbre; pero que por la falta de armamento y la desorganizacion en que se hallaban ningun obstáculo pusieron á las tropas realistas; y cuando estas ocupaban ya las alturas principales, la muchedumbre esparcida por las calles en grandes grupos, se preparaban para convertir aquella ciudad infortunada, en teatro de una horrorosa hecatombe, abriendo paso al angel exterminador para que al golpe de su sangrienta segur, cayeran multitud de victimas y se extendiera el luto y la desolacion en las familias.

Como se ha dicho, desde la toma de la ciudad por Hidalgo, todos los españoles que no perecieron en aquella sangrienta jornada, habian quedado presos en el castillo de granaditas que se llenó de una triste celebridad, y aun despues es probable entraran otros mas, con algunos americanos, que se manifestaron contrarios al movimiento de Dolores. Para el día 24 de Noviembre de 1810 vísperas de la toma de Guanajuato por Calleja, habia presos doscientos cuarenta españoles y dos señoras que habian querido seguir á sus maridos en la prision. Agolpado el pueblo en las puertas de aquel edificio, arrojó la guardia que lo custodiaba y forzando las puertas, se arrojó como un lobo hambriento sobre aquellas victimas inermes é indefensas, asesinando á la mayor parte, pues Bustamante asegura

que solo escaparon treinta. ¡Horrible carnicería que hace helar la sangre al recordarla! ¿Y cual seria la causa inmediata, de este atroz procedimiento? D. Lucas Alaman dice que la plebe estaba amotinada á las puertas del edificio, cuando pasaron Allende y los demas generales por el camino que va á las minas y que está frente á la esquina del mismo edificio; y que uno de ellos, sin que pudiera saberse quien, dirijió la voz al pueblo diciéndole. “¿Qué hacen que no acaban con esos?” con cuya exortacion fué imposible contener al pueblo apesar de los esfuerzos de los gefes de la Guardia y de otras personas respetables que ocurrieron para evitar aquel estrago. (1)

Bustamante, atribuye la desgracia que dejamos referida, al ódio con que el pueblo veía en aquella ciudad al partido europeo, por el tributo con que lo gravaron desde el tiempo del visitador Galvez y por la costumbre de echar leva en el pueblo, á lo que allí llamaban lazo, para ciertos trabajos de desagüe en las minas; y que con esta prevencion fué muy fácil de acceder á la seduccion de un mulato, vecino de Dolores llamado Lino, que recorria las calles azuzando á la plebe para el degüello de los españoles, dicienco que Calleja habia triunfado y que venia arrazando la ciudad. (2) Dificil seria en los momentos de tanta agitacion en la ciudad, descubrir cual fué la última causa que sopló en el pueblo tan salvajes sentimientos para cebarse en la sangre de unos desgraciados; pero en esto se conoce precisamente lo funesto de las consecuencias del impulso que Hidalgo dió á su obra, queriendo formar su proselitismo, no tanto por la justicia de la causa, como por la relajacion de los resortes que debian contener al pueblo en el limite de sus obligaciones.

(1) Alaman lib. 2.^o cap. 5.^o

(2) Cuadro histórico, tom. 1.^o pag. 101. y suplemento á los tres siglos de México, pag. 279.

Habian sido ya asesinados los mas de los presos y robadas cuantas cosas habia en el interior del edificio, aun la ropa que cubria los cadáveres, los cuales quedaron desnudos y nadando en un lago de sangre: los pocos que tuvieron la fortuna de escapar á tan fatal destino, estaban encerrados en unas piezas, cuyas puertas al fin hubieran cedido al furor de una multitud encarnizada; pero por su buena suerte, se estendió la voz de que iba entrando Calleja á la ciudad y en ese momento feliz en que se despejó la calle, salieron los pocos españoles que habian quedado, escondiéndose en la iglesia de Belen y las casas mas inmediatas.

Como sucede siempre despues de la comision del delito, para el criminal viene el remordimiento y el temor; para los deudos de las víctimas se hace escuchar en toda su amargura el lugubre acento del dolor, y los espectadores de hechos semejantes, ven un paso mas adelante y tiemblan ante la reflexion de las consecuencias del fatidico poder de las represalias. Luego se estendió por toda la ciudad la noticia de la atrocidad de Granaditas; y cuando cada uno se ocultaba para escapar del castigo que se esperaba, llegó la noche cubriendo con un manto de pavor el teatro de tan funestos acontecimientos; y el silencio que sucedió á la agitacion del dia y á la sangrienta y criminal orgia de la tarde, era acompañado de los horribles espectros, que vienen á ocupar el lugar de las furias desencadenadas. Aquella melancólica taciturnidad, fue interrumpida á las tres de la mañana por el estallido del cañon que desde el dia anterior habia mandado colocar Allende sobre el cerro del Cuarto, cuyos fuegos eran contestados por el de otro de los que el conde de la Cadena habia quitado á los defensores de la plaza en su marcha por la subida de la Yerbabuena. Las balas de uno y otro cañon surcaban la negra bóveda que la noche formaba sobre la ciudad; y los horribles estallidos de aquellas máquinas que vomitaban la muerte, avivaban mas el

temor de que se hallaban poseidos los corazones, al recordar la catastrofe de la tarde anterior y sus horribles consecuencias.

Al amanecer el dia 25 Calleja se movió para atacar el cerro del Cuarto, que fué tomado con facilidad y al mismo tiempo que él bajaba por el camino de las minas, Flon lo hacia por el de las carreras. Calleja ya tenia noticia de la espantosa matanza que se habia hecho la víspera, y al pasar por Granaditas, mandó al capitán Guizarnotegui que reconociera el edificio para cerciorarse de la verdad del hecho: el capitán volvió dando la noticia del espantable espectáculo que presentaba el interior del castillo, cubierto su suelo con la sangre de mas de doscientas víctimas, cuyos desnudos cadáveres se hallaban en confuso desorden por el pavimento; y á la vez presentaba siete hombres del pueblo que fueron hallados en el interior de la fábrica. El espresado capitán en su parte de ese mismo dia y que Bustamante inserta en el lugar ya citado de su obra, dice respecto de esos hombres «los cuales entraron á ver si hallaban algun despojo que rapiñar ó quizas á ver la catastrofe en que fueron cómplices, por lo que bien asegurados se los presenté al señor general en jefe, quien al oír mi indicado razonamiento, mandó en el momento matarlos, como se ejecutó; ordenándome volviere á la ciudad tocando á degüello, como lo verifiqué hasta llegar á la plaza ó parroquia, donde me reuní con la tropa que parada hallé allí.

El abismo llama al abismo, la sangre trae mas sangre, y un crimen es fatal antecedente de otro crimen! Aquellos siete desgraciados que fueron las primicias de la muerte que Calleja vomitaba en su furioso arrebató, serian responsables de las desgracias de Granaditas? Tal vez eran algunos desdichados á quienes una indiscreta curiosidad llevó á contemplar el cuadro de horror, en los momentos que el capitán Guizarnotegui registraba el edificio para cerciorarse de la horrible carnicería.

ría; y esto bastó para que fueran destinados á aumentar el ensangrentado catálogo de las víctimas que la infortunada Guanajuato vió inmolar esos días en su seno, por el furor de pasiones desenfrenadas. Y los infelices que perecieron en las calles, al ejecutar la orden bárbara de Calleja, serian tambien cómplices de los asesinatos de los europeos en la Alhóndiga?.... Tal vez eran algunas personas á quienes la desgracia hacia salir de sus hogares en aquellos momentos de peligro, creyéndose guarecidos con la egida de su inocencia: ó bien eran algunos que iban á impulsos de una necia indiscrecion; y quien sabe si entre estas desgraciadas víctimas habia algunas á quienes un deber sagrado para con los sacrificados en la Alhóndiga, los hizo salir á la calle para recibir una muerte injusta.

El conde de la Cadena que entraba por otro estremo de la ciudad, iba á cometer la misma atrocidad; pero por su bien y dicha de aquel lugar en que pesaba tamaña calamidad, en aquel momento se le presentó el religioso dieguino Fr. José María Belaunzarán, que despues fué nombrado obispo de Linares: este varon santo se hincó, deteniendo por la brida el caballo del general; y presentándole una imágen de Jesucristo Crucificado, le dijo. "Señor, esa gente que V. S. tiene á la vista es inocente, ni ha causado el menor daño, que si lo hubiera hecho, andaria fugitiva por los montes. Suspéndase, señor, la orden que V. S. ha dado; y yo se lo pido por este Señor que lo ha de juzgar y le ha de pedir cuenta de la sangre que quiere derramar." Aquella voz de trueno, que sonó en el corazon del conde como la trompeta que anuncia el juicio terrible, lo hizo detener el funesto golpe que habia decretado y en el cual hubieran quedado envueltos muchos inocentes.

Calleja y Flon suspendieron la orden que habian dado para arrazar la ciudad proscrita, pues su primer intento, fué lavar sangre con sangre, y dejar sepultada la memoria de la catástrofe de Granaditas, entre las ruinas de aquel pueblo. Sin

embargo se publicó un bando en el que se decia: que los crímenes cometidos en aquel lugar desde el principio de la revolucion pedian un ejemplar castigo; y que aunque por un acto de humanidad se habia detenido la orden de entrar á fuego y sangre, se hacia preciso no conceder á los habitantes de Guanajuato, las gracias que á otros lugares que habian depuesto las armas á la presencia de las tropas reales. Bajo pena de muerte se mandó, que se entregaran todas las armas y municiones de guerra, así como que se delatasen todas las personas que hubiesen fomentado ó favorecido la revolucion. Esto dió lugar á la prision de Gomez, nombrado intendente por Hidalgo, de Dávalos, Chovell, otros muchos empleados de alguna categoría y multitud de gentes del pueblo, todos los cuales se llevaron á Jalapita donde se tenia situado el campamento, y se hizo tambien una requisicion de armas, sin exceptuar ni los espadines de lujo, que muchos tenian el puño de oro y con adornos muy valiosos de pedrería, de los cuales "se aprovechó Calleja con poca delicadeza, en cuya materia su conducta no estuvo exenta de justa censura." [3]

Al siguiente dia 26 de Noviembre, se sacaron de la alhóndiga los cadáveres de los que allí fueron asesinados, y esto avivó de tal modo el furor de los gefes realistas, que se mandaron llevar allí los presos de Jalapita, de los cuales se dieron libres algunos del pueblo, y el resto se diezmo, cayendo la suerte de la desgracia en diez y ocho infelices, que en el mismo lugar fueron pasados por las armas, lo mismo que Gomez, Dávalos, D. José Ordoñez D. Mariano Ricocochea y D. Rafael Venegas, que habian obtenido de Hidalgo empleos militares.

Una vez que Calleja abrió de nuevo las puertas de su rencor colmó la medida de sus crueldades, y se solazó en llenar de

(3) Alaman tom. 2.º pag. 61: y Bustamante al referir este hecho dice: que despues siendo virey Calleja se le dieron al platero Vera, para que hiciera un adorno de brillantes á la vireína.